

CULTURA

Englund lleva a Sitges la primera serie en realidad virtual

G. B., Sitges
“A mí la tecnología me ha beneficiado mucho en mi carrera. Soy el rey del vídeo”, suelta entre risas Robert Englund (Glendale, California, 1947), el mítico Freddy Krueger de la saga *Pesadilla en Elm Street*. La reflexión es pertinente porque Englund presentó ayer en el festival de Sitges *Campfire Creepers*, la primera serie de terror en realidad virtual, es decir, que el espectador está inmerso en la acción, en este caso en las leyendas urbanas que se cuentan alrededor del fuego en un campamento de verano.

Englund aparece en el primer episodio, que ha dirigido otro veterano del género del horror, Alexandre Aja. “Fue un rodaje complicado”, recuerda el actor, “es un mundo diferente. Entre tomas pasa un montón de tiempo, al contrario que en cine. En la realidad virtual la cámara es Dios, hay que tratarla con ternura”. Englund asegura que ha disfrutado de estar constantemente encarnando su personaje. “No te tienes que preocupar por dar tiempos a otros actores, tu cuerpo siempre está actuando. Tienes que estar metido constantemente en el personaje. La cámara lo graba todo para que el espectador viva esa sensación de 360º grados”.

Solo el principio

Englund encuentra una comparación. “Podría parecer como hacer teatro, pero con el espectador en mitad del escenario. En realidad, parte de la experiencia es responsabilidad del público, con el giro de su cabeza crea los movimientos de cámara”. Por eso Alejandro González Iñárritu decía en Cannes, donde presentó su instalación *Carne y arena* realizada con esta tecnología, que la realidad virtual valdría más para propuestas artísticas que para películas.

El año pasado Sitges ya tuvo una sección dedicada a la realidad virtual; este año, es competitiva. “Queda mucho por hacer, estamos en los primeros pasos, y eso hace aún más emocionante estar aquí”; aseguró Englund. “Para mí es otro reto, otra oportunidad. Nunca he estado en el paro y agradezco cómo mi carrera ha sido bendecida por la tecnología. He estado un año trabajando en el videojuego *Injustice 2* y me lo he pasado en grande. Llevo años haciendo videojuegos y me mantienen joven”.

Por ahora, según Englund, la realidad virtual no crecerá en la duración de sus filmes. “Funciona mejor para capítulos, para narraciones cortas. Estamos aprendiendo. Necesitamos tiempo”.

EDUARDO HALFON Escritor

“La desidia del hombre ante el horror es terrible”

CARLES GELI, Barcelona

Frente a su choza, en una zona medio selvática junto a un lago, la inquietante doña Ermelinda suministra un brebaje de raíces extrañas al joven visitante: “Lo ayudará a ver la verdad que usted lleva dentro”, alcanza a oír antes de quedar inmerso en pesadillas toda la noche. El episodio, narrado en *Duelo* (Libros del Asteroide), es prácticamente autobiográfico, como todo en la última obra de Eduardo Halfon (Ciudad de Guatemala, 1971).

El autor de *El boxeador polaco*, *Monasterio* o *Signor Hoffman*, con sangre judía y árabe corriendo a la vez por sus venas, nunca ha necesitado pócmias porque la suya es la literatura. “Escribo para entrar en otro estado de conciencia”, dice quien casi no había tocado un libro hasta los 29 años, cuando empezó a leer como un poseso y, desde *Esto no es una pipa*, *Saturno* (2003), a escribir a un ritmo de casi uno (rozando el opúsculo, esencia pura) anual, buscando una identidad quizá truncada a los 10 años, cuando emigró a EE UU con sus padres y donde, tras el impacto vital, se formó como ingeniero industrial.

Bajo el influjo de los mejunjes, el lector descubrirá, como el propio autor, que *Duelo* no es la búsqueda de la prohibida historia de la misteriosa y silenciada muerte de Salomón, un niño de la familia (“una solo foto como prueba de su existencia”, recuerda el narrador), sino la de la compleja relación del protagonista con su hermano, “siempre el vínculo familiar más difícil, la historia de Caín y Abel: nunca es una relación fija como la del padre”, dice Halfon. Todo bajo la angustia de una lengua que funciona como “escafandra” del infante ante el mundo adulto.

Admite Halfon, tras esta nueva tesela en el mosaico literario sobre su identidad, que fue educado en dos lenguas “como algo orgánico”; en cambio, solo puede escribir en una. “Pienso en las dos, pero no sé si podría hacer un cuento en inglés: he cultivado el lenguaje literario en español”. ¿Motivo? “Mi infancia fue en español y mi literatura no deja de ser un intento de recuperar esos años”. El cruce, de frontera e idioma, entre el niño y el adulto es tema recurrente en la obra de quien en 2007, apenas a los cuatro años de empezar a escribir, fue elegido entre los 39 mejores autores latinoamericanos menores de 39 años. “Aún estoy buscando el significado de traspasar esa frontera, que en mi caso, además, también fue física... En ese tránsito vital siempre pierdes y ganas. Yo gané una lengua y una mirada: al irte de tu pequeño jardín el mundo ya no se puede ver de la misma manera”.



El escritor Eduardo Halfon, el pasado septiembre en Barcelona. / M. MINOCRI

Nunca pensó en la cara oscura, hasta hace poco: “No pertenezco a ningún lado...”

Los rituales de doña Ermelinda o las historias de Isidro, el vigilante del lago Amatitlán (la de la bruja del agua, el ritual de la palabra que hay que otorgar a cada árbol al ser plantado, la de cada niño que se acercó trágicamente a la zona...) rezuman, por vez primera en la casi quincena de títulos de Halfon, el hasta ahora ausente influjo de la literatura oral guatemalteca, quizá rastros del Miguel Ángel Asturias de *Leyendas de Guate-*

El guatemalteco publica ‘Duelo’, una historia autobiográfica

“No hay muro ni frontera nacional infranqueable”

mala o de las obras de José Milla y Vidaurre... “Básicamente buscaba el habla guatemalteco, y no sé bien cómo me salió una Guatemala que tampoco es la mía, que es la de la capital, la de la franquicia norteamericana”, admite. Asoma en *Duelo*, sin embargo, un paisaje más sucio, más contaminado, más mágico.

Sostiene el autor que no es lector de Asturias o Milla y Vidaurre: “No necesitas escucharles para encontrar a esos Ermelinda o Isidoro... Si yo escribiera sobre la cultura indígena o maya es como si lo hiciera de los japoneses: mis cuatro abuelos eran de países europeos que podían haber recaído en cualquier lugar y lo hicieron en un país muy católico siendo una familia judía”. Esa sí es una simiente literaria en la obra de Halfon, donde se puede rastrear todo el catálogo de la tradición literaria judía: búsqueda de identidad, relación padres e hijos, baile de lenguas... “y el humor casi cínico o un sexo de flirteo... Estoy más en la línea de Philip Roth o incluso de autores del Este, como Zweig o Schnitzler”, dice quizá recordando los orígenes polacos de un abuelo que pasó por Auschwitz y tenía su código de prisionero grabado en la piel. A su nieto le hacía creer que era para recordar el número del teléfono, como refleja en *Duelo*.

Sonar a verdad

También le acerca más a esa literatura anglosajona una brevedad casi enfermiza, “un estilo seco, nada hispano, que es más barroco”. Sus libros son breves por fuera y por dentro: en *Duelo* son 41 fragmentos que “luego el ingeniero Halfon pone en orden para crear una atmósfera”. Por eso hay palabras o construcciones que se repiten siete o 14 veces, “como el ritmo de un tambor: debería doler, crear un luto”, dice. La escritura es “intuitiva, pero al final ha de sonar a verdad”.

“Siempre me ha espantado más la desidia del hombre ante el horror que el horror mismo”, dice el protagonista de *Duelo* tras descubrir, en Alemania, un viejo vecindario residencial al otro lado de la calle donde había un campo de concentración. Es autobiográfico, de nuevo: “Esa desidia ante el horror es terrible; la estoy viendo ahora en EE UU con Trump. A cada minuto suelta una barbaridad y a la gente parece no importarle, se está volviendo indiferente ante el horror, ya nada nos importa... Es el sobreindividualismo y el egoísmo extremos imperantes hoy”.

Llega Halfon a Barcelona la tarde de la Diada (11 de septiembre), al poco de concluir la multitudinaria manifestación. “Todo nacionalismo es excluyente. Busca diferenciarnos y separarnos del otro, en vez de unirnos y aceptarnos. Lo he vivido en muchas ocasiones. Como judío. Como árabe. Y ahora como latinoamericano en unos EE UU que quieren construir un muro. Pero no hay muro ni frontera nacional infranqueable”, reflexiona. De eso, su vida y su literatura algo sabe.